

**CUENTO N° 42**

**TÍTULO: MARÍA**

**SEUDÓNIMO: FEDERICO**

**AUTORA: MARÍA GABRIELA SÁNCHEZ VALLEJOS**

## MARÍA

Sentada en el metro Silvia se deja llevar por el letargo producto del cansancio, las luces y el ruido de la ciudad, entre la ensoñación y la realidad, observa una pareja que está pronta a bajar en la próxima estación, ella llora y él la toma bruscamente para bajar, empujándola, luego, en el andén desierto la golpea en el rostro. Silvia se pone de pie para intervenir, pero las puertas del metro se cierran, entonces ella vuelve a sus pensamientos y ensueña...

De la mano de su madre, llaman a la puerta en una casa de las llamadas “callampa,” pero nadie contesta, mientras la música de las rancheras chicharrea en las radios de tubos y se escapa por las rendijas inundando toda la población de Los Nogales en la avenida Esperanza. Ellas se devuelven por las calles polvorientas.

Entre tanto Silvia evoca a María, la ve, es vieja con una sonrisa desdentada, que se colgaba en el cuerpo un abrigo muy andrajoso de color burro con olor a humo, siempre que iba a planchar a su casa, lloraba cuando conversaba con su madre.

- ¿Mamá, porque siempre le regalas nuestras tazas a la señora María?
- Porque su marido se las rompe cuando está borracho.
- ¿Y entonces por qué se casó con él?

- Porque ella no sabía que era borracho y debe haber estado enamorada.
- ¡Qué asco! Enfatizó Silvia.

Esta conversación la tenían muy seguido, debido que Silvia no podía entender esa pasividad de la señora María.

Tiempo después María llegó a trabajar con un moretón en la cara y un corte en la frente y habló sobre separación.

- Mamá, ¿Qué es separación?
- Qué el marido se va de la casa a vivir a otro lugar.
- Qué bueno, mamá entonces la Señora María y la Nilda no van a llorar más.
- Así es.
- ¿Mamá y tú ¿cuándo te vas separar?
- ¿Yo, porque debería separarme de tú papá?
- Porque te grita, se enoja siempre y te mira con odio.
- Lo que sucede es que tiene mal genio, nada más y no me odia, son cosas tuyas.

Con los años Silvia comprendió que María y sus hijos sufrían violencia intrafamiliar desde el día en que llegaron a vivir a los Nogales. Algunas veces no podían entrar a la vivienda por temor, y eran amparadas por alguna vecina. María dejó de amarlo cuando las echó de la casa un día de lluvia y Nilda con su hermana menor se enfermaron, pero la pequeña tosía y tosía y los remedios llegaron tarde, entonces la pequeña María se fue.

Ya con más años Silvia pregunta a su madre.

- Yo no entiendo mamá ¿Cómo tuvo tanta paciencia, la señora María?
- Cuando se separaron, él en su borrachera llegaba a la casa y rompía todo lo que había y después se iba a la casa con sus padres.
- ¿Y por qué la familia nunca intervino en nada, si se trataba de los nietos?
- Es que los padres nunca aceptaron el matrimonio, porque ella era la empleada que venía del campo.
- Además, mayor que él.
- No hija, María se veía vieja por el trabajo y la pena, pero era menor que su marido. Cuando yo la conocí era muy bonita. Siempre delgada alta y ese color mate en su piel, además usaba el pelo suelto y tenía todos sus dientes.
- ¿Y él en que trabajaba?

- Nunca trabajó. Por eso los padres los echaron de la casa y María empezó a lavar y planchar ropa ajena.
- ¿Y cuando fuimos a buscarla se había cambiado de casa?
- No hija, se había muerto, el marido la empujó y al caer se pegó con una piedra en la cabeza...

Silvia recordaba la espalda doblada sobre la artesa restregando con la escobilla, las manos deformes y moradas por los sabañones en el invierno, los zapatos bajos dos o tres números más grande que su pie, el pelo cano enroscado en un tomate sobre su cabeza y toda ella envuelta en un fuerte olor a humo.

De pronto una voz metálica informa “estación terminal. Los pasajeros deben descender del tren. Gracias por su preferencia.”

Silvia vuelve de aquel ensueño, toma su cartera. Ya en el andén piensa, que tristeza, han pasado tantos años y no hemos avanzado nada, las mujeres siguen muriendo de la misma forma, en manos de un hombre que prometió amarlas y protegerlas.

Silvia emerge del metro Santa Ana y se sienta en un escaño de una plaza aledaña, mirando el edificio donde vive, se siente desolada, ya no está María, ni su madre, no hay artesas, ni cocinas a leña, no hay casa “callampas” ni calles de tierra, pero está el mismo hombre que ama, que promete, que se arrepiente, que enloquece mientras maltrata, maldice, golpe y mata, nada ha cambiado generación tras generación. Su cuerpo se estremece mientras besa la foto de una joven mujer, preguntándose ¿Cuántas más faltarán?..

